

EL VIGÍA CATÓLICO

DE CIUADDELA

CON APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

PUNTOS DE SUSCRICION


En la Redacción, calle de S. Onofre n.º 19.
Y en esta Imprenta.
EN PALMA: Tipografía Católica calle de Fortuny n.º 6

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Esta revista se publica los miércoles y los sábados al precio de 50 cént. de peseta al mes en la isla
En provincias, 1'30 peseta trimestre.

ANUNCIOS Y AVISOS. Los suscritores á 5 céntimos por línea. Y las repeticiones á la mitad de precio.
Los no suscritores á 10 id.

SECCION RELIGIOSA.

DOMINGO 1.  Pascua de Resurreccion.—Sta. María Egipcíaca y S. Venancio obispo y mártir.
LÚNES 2.—S. Francisco de Paula fundador.
MÁRTEZ 3.—S. Benito Negro, confesor.
MIÉRCOLES 4.—S. Isidro arzobispo de Sevilla doctor.

CULTOS.

Domingo 1. — La Misa y el Oficio divino son de la Dominica de Resurreccion, con rito doble de primera clase, octava privilegiada y color blanco.

En la Catedral S. E. I. oficiará de pontifical dando la absolucion Papal á los fieles cristianos. Por la mañana en la Misa sermon á cargo del M. I. Sr. Magistral.

Lunes 2.—A la hora de costumbre saldrá de la Catedral la procesion de la comunion de los enfermos, y en la Misa Conventual á cargo del M. I. Sr. Arcediano.

IMPRESIONES DE LAS MISIONES.

Era la noche del último dia de misiones, cuando el desco de lavar nuestras conciencias en la piscina de la confesión nos condujo, hasta el templo del Señor.

Tibia luz bañaba las severas y espaciosas naves de nuestra hermosa Catedral: el más profundo silencio reinaba en su interior, distinguiéndose apenas informes bultos pue ante las imágenes

oraban y apenas escuchándose la apagada voz del que al cielo elevaba su oración y el rumor suave y magestuoso de la palabra del sacerdote que absolvía al penitente, humilde arrodillado ante los piés.

Inmóviles estátuas de bienaventurados nos parecían los primeros, y al llegar á nuestro oido, suaves auras de amor y bendición imaginamos los segundos.

No podemos expresar la misteriosa impresión que embargaba nuestro espíritu; si hay algo que siente el corazón y no puede aunque quiera el lábio declarar, ese algo son sin duda las ténras emociones en que nuestra alma se anegaba, ese algo las ideas que llenaban nuestra mente, ese algo la grandiosidad, la poesía, la humildad, el perdón, Dios y el hombre puestos en misteriosa relacion por la celestial cadena del amor divino: la bondad del padre que abre sus brazos al hijo que esperaba con deseo y la humildad del pecador que con lágrimas en los ojos vuelve arrepentido al abandonado hogar paterno.

La jóven elegante habia abandonado sus profanas galas, y cubierta con mo-

desto y negro velo, veíase arrodillada ante la imagen bendita de María, contemplándola con éxtasis sagrado, y entreabriéndola trémulos sus labios al pronunciar su dulce nombre.

La madre cariñosa que lleva de la mano á tierno niño, póstrase de hinojos ante el altar de San Julián, señala con el dedo el arca santa y así dice á su hijo: allí están las reliquias del que es nuestro patrono; sé, como él, santo y bueno, sé caritativo, y reza ahora, hijo mio, por tu padre un Padre nuestro, y aquél labio inocente murmuraba una plegaria y aquella tierna madre elevaba una oracion; una toda candor, toda pureza, otra toda ternura, toda amor.

Y allí se vé al hombre de ciencia ó posicion doblando la rodilla ante un ministro del Altísimo y confesando sus pecados.

Y allí al henrado y franco obrero, en cuya frente, aún húmeda, brilla la admirable corona del sudor con que el trabajo la ciñera.

Y allí al desgraciado pordiocero que envuelto en raída manta, está en aquel lugar como en la casa de su padre y vá á participar del tesoro inapreciable de su gracia.

¡Faltan colores en nuestra humilde paleta para trazar siquiera el boceto de cuadro tan tierno y conmovedor! ¡Falta inspiracion á nuestra pobre mente para describir escena tan magestuosa, tan conmovedora y tan sublime!...

Y viérais al otro dia cuando la magestad del culto á contemplar la infinita de Dios nos elevaba, cuando las armonias del órgano llenaban el espacio, cuando hasta el aire que se respiraba parecia embalsamado por el suave aroma de la oración, cuando en todos los ojos por caer una lágrima pug-

naba, cuando todos los labios entreabrián una plegaria, cuando todos los corazones se hallaban abrasados por la pura llama del amor divino, cuando en todos los semblantes se reflejaba la dulce tranquilidad de un alma pura, y el débil anciano y el impetuoso jóven, la digna matrona y la pudorosa doncella, el humillado sábio y el ensalzado ignorante, el rico conociendo su miseria y contemplando el pobre su riqueza y todos, en una palabra, sin distincion de clases, edades y condiciones, se acercaban á participar en la misma sagrada mesa del mismo manjar divino, suprema magestad, eterna fortaleza, ciencia infinita y única riqueza. Si viérais, repetimos, ésta segunda escena, tan magestuosa, tan tierna y tan sublime como la primera, no podríais por menos de repetir como nosotros repetimos, *¡en verdad que las santas misiones han sido una bendicion de Dios, han sido un mandado que del cielo ha descendido!*

Búrlese, enhorabuena de ellas la impiedad, con sonrisa desdeñosa y descreída, táchenos de oscurantistas, fanáticos y aun necios á los que á ellas acudimos, que sus risas, desdenes é improperios, ni han de amenguar la fé, ni enfriar el entusiasmo de que tantos y tan honrados pechos han hecho pública ostentación á la faz del mundo entero.

Bien pudieran guardarse sus corifeos, no la risa y menosprecio, sino la reprobación y el anatema, para aquellas otras reuniones que convocadas por la pasión ó la ambición son un peligro constante para la familia, la sociedad y aún la honradéz, para esas otras reuniones en que se predica la rebelión, se ataca la propiedad, excitando las iras de pobres contra ricos y de los súbditos contra autoridades;

para esas otras reuniones en que á Dios se hace la guerra, á la propiedad se llama robo, á la libertad esclavitud, y al libertinaje libertad; para esas otras reuniones en que ¡vergüenza dá decirlo! se santifica la inmoralidad y la impureza, proclamando el amor libre.

Los que asisten á las nuestras, si cumplen como buenos lo que allí se les enseña, serán fieles, honrados y sumisos, buenos padres, buenos hijos y honrados ciudadanos: podrán, si á la perfección cristiana aspiran, vender todos sus bienes y darlos á los pobres, entregarse en oculto retiro á la oración y penitencia; mas los que salen de los clubs del libre-pensamiento, si aprenden y ejecutan lo que allí se les propone, si llevan á la práctica las últimas consecuencias de lo que allí se les inculca, el lupanar ó la cárcel será el sitio en que paren aquellas desgraciados á quienes se arranca del alma la esperanza, la fé del corazón y del rostro la vergüenza. Y si esto no sucede, no hay que agradecerse ni á vosotros ni á vuestras doctrinas; es sólo debido á que aún no habeis podido arrancar del corazón de vuestros adeptos las profundas raíces que echara en ellos el recuerdo de sus madres que, al arrullarlos en su seno, les enseñaban á pronunciar los nombres de Jesús y de María, y á hacer sobre su frente la insignia y señal del cristiano.

Pádreres y madres, ved, comparad y despues de comparado, decid si llevareis á vuestros hijos á las misiones católicas ó á los clubs de la impiedad.

Estarán en las primeras dirigidos por Sacerdotes y Jesuitas que les enseñarán el amor y respeto que os deben; tiernos capullos, abrirán su puro cáliz al divino rocío de la doctrina del calvario; si los llevais á las segundas..

¡ah! ya sabeis lo que sucederá, porque ¡cosa extraña! no hay solo un padre libre-pensador que lleve á sus hijos á los clubs, no hay sola una madre, si es posible que haya una madre de tales opiniones, que acompañe á su tierna y pura hija á las reuniones malditas de la impiedad.

GACETILLA.

VICTÓRIAS DE LA CRUZ.

No busqueis á Jesus en el sepulcro, en la region de los muertos: Jesus *resucitó*; vedle triunfante en los cielos: su triunfo de la Cruz.

Gual leon que rompe con indignacion sus fuertes cadenas, cual águila que se desprende de sus ataduras para remontarse á los cielos en majestuoso vuelo cual héroe que de oscuro é ignominioso calabozo es conducido victoriosamente al carro de triunfo; así Jesucristo hace saltar con ímpetu la losa de su sepulcro, rompe el regio timbre con que está sellada, pasa en medio de las guardias que llenas de espanto, caen derribadas al suelo, y emprendiendo el conquistador divino de la Humanidad su triunfante marcha, siéntase coronado sobre el altar de las naciones, teniendo por único centro la misma Cruz levantada en el Calvario.

No entra en nuestro propósito presentar las pruebas de la credibilidad de la Resurreccion: basta la fe de nuestra conciencia, el amor de nuestro corazón, para que hasta el último momento de nuestra existencia sostengamos esta parte, así como todas las de nuestro símbolo; y si se nos hiciese derramar toda nuestra sangre en defensa de este misterio, con la última gota de ella sellaría-

mos nuestra creencia en la Divinidad de Jesucristo.

Tal es la fuerza de la Cruz, tal su insuperable poderío, que ha vencido todas las resistencias, todas contradicciones. La Cruz, antes de la Resurrección, fué el signo esplendente que simbolizó la caída de un mundo y la exaltación de otro; la Cruz, después de la Resurrección es el astro que ilumina desde los cielos los caminos de las nuevas generaciones redimidas.

No existe un hecho más maravilloso, después del de la Redención, que el de la distribución del mundo entre los Apóstoles para su evangelización. Tienen ante su vista los doce conquistadores la carta geográfica del mundo entonces conocido: señalan con el astil de sus cruces las regiones que cada uno debe conquistar y parten sin demora á ejecutar su gigantesco proyecto sin más armas, sin más auxilios que su propia Cruz, y la asistencia divina que les ha sido prometida.

Tócale á Pedro en la distribución fijar su silla en Antioquía, y más tarde en Roma, emblema del poder, de la sabiduría, de la riqueza del antiguo mundo. Impávido se dirige el gran Apóstol á la ciudad de los Césares, apoyado en el báculo de su Cruz. La orgullosa Roma ve con asombro llegar á sus puertas al nuevo conquistador; al aspecto del caudillo de una sociedad cristiana, se alarma, se conmueve. La Cruz de Pedro encuentra partidarios y adoradores, y desde aquel momento estalla una guerra á muerte contra los discípulos de la Cruz. Pontífices, emperadores, sofistas, se lanzan al combate: los verdugos blanden sin cesar la cuchilla, las llamas consumen los cuerpos nobilísimos de los atletas del cristianismo, las fieras devoran sus mutilados miembros, y sacian su sed en lagos de sangre cristiana. ¡Inútil esfuerzo

de la barbarie pagana! La Cruz gana cada día terreno, y los imbéciles emperadores creen detener sus prodigiosas conquistas, declarando en estúpidos decretos que *Jesucristo no era Dios!*

Aquellos monstruos coronados juzgan que por medio del fuego y del hierro pueden dominar las conciencias, matar la fe, extinguir las creencias, sin considerar, ¡insensatos! que si en sus manos estaba la destrucción de los cuerpos, santuario de esas conciencias, tabernáculo de esa fe, el espíritu no se subyuga, ni se vence, ni se sacrifica, porque luchando hasta el postrer momento, si humanamente es vencido, vuela al cielo vencedor. La Cruz venció, pues, á la fuerza material, desde que sus mártires al patíbulo saludaban llenos de júbilo á sus verdugos: *Cæsar, morituri te salutant.*

Buscaban los tiranos en la discusión lo que no pueden alcanzar con el hacha, y para abreviar la narración de este ominoso período, un sofista coronado se presentó como campeón. La flecha de un persa le hiere de muerte, y en su agonía exclama el apóstata Juliano: *Venciste, Galileo.* Este fué al espirar el grito de la idolatría en su lucha con la nueva doctrina de Jesucristo.

Vencida la fuerza, vencida la inteligencia, la Cruz fué señora de Roma, y Pedro y sus sucesores los señores de la ciudad eterna. Una mano oculta rechaza á los príncipes temporales que tratan de fijar su residencia en la ciudad conquistada por Pedro, y desde entonces Roma no reconoce más cetro que el de sus Pontífices.

La Cruz es la más alta expresión de la Humanidad; el libro inmenso en que se revelan nuestro origen, nuestra naturaleza, nuestro destino, nuestro fin: la Biblia de los humildes é ignorantes y de los sabios y poderosos; sus páginas son accesibles á todas las inteligencias, porque el

fruto de la Redención fué comun á todos los hombres, sin exceptuar á uno solo. La Cruz nos declara que hemos merecido la muerte; pero también nos declara el precio infinito de nuestra alma: todos los hombres son iguales ante la Cruz, que nos enseña á respetar tanto al pobre cubierto de harapos, como al monarca cubierto de púrpura: todos tienen ceñida su frente con una diadema bañada en sangre divina; todos tienen un alma que vale un Dios.

El pasado de las conquistas de la Cruz nos responde de las luchas de su presente; y no es aventurado rasgar el velo de los tiempos para leer en el porvenir lo que está reservado al reinado de la Cruz en los futuros destinos de la Humanidad. La Cruz parece haber tenido por elementos indispensables de vida las persecuciones, las luchas, las contradicciones, y aun parece que en nuestros días una terrible tempestad la amenaza. Sin embargo, para resguardo de nuestra fe, para consuelo del hombre en sus esperanzas de regeneración, se ha dignado Dios revelarnos, por boca de su Hijo y de sus profetas, algunos de los secretos de su divina presciencia acerca de la marcha, objeto y fin de la redención consumada en la Cruz.

El primero de esos secretos, el más importante, es que la sociedad moral fundada por la Cruz resistirá, como hasta hoy ha resistido, á todos los combates suscitados por el mundo. «—Confiad—nos dice Jesucristo—yo he vencido al mundo;» y de esta promesa divina dan testimonio todas las victorias de la Cruz durante diez y ocho siglos.

La Cruz civilizadora rompe hoy todos los valladares y penetra en todos los rincones del mundo. El progreso material de los pueblos, que reconocemos y aplaudimos, es el medio de que Dios se vale para acelerar las conquistas de la

Cruz del uno al otro polo, estableciendo la fraternidad entre los hombres. Predicho está que habrá un día felicísimo en que todos los pueblos y naciones tomarán asiento en el banquete de adoración al verdadero Dios preparado por la Providencia bajo la sombra del árbol de la Cruz. En ese banquete de pueblos hermanos no habrá un asiento vacío, ni uno solo; porque Dios se acordará también de la nación deicida, de la raza maldita, errante por tantos siglos, y para el pueblo judaico habrá también misericordia. Al fin despertará de su sueño de tantos siglos, sus ojos se abrirán á la luz de la verdad, y espantado de su aislamiento, de su crimen infame, de la sangre divina que tiñe sus manos, *mirará al Mesías que sacrificó, lo llorará como se llora á un hijo único, á un hijo primogénito*; esas lágrimas de arrepentimiento sincero, aunque tardío, le purificarán, y conmovidas las entrañas de misericordia del Eterno Padre, prestará oído á aquella sublime plegaria del Hijo en el Calvario: *Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen*.

Ya entonces todo estará conquistado por la Cruz, y en las postreras horas de la Humanidad, en aquellos momentos supremos de la agonía universal, la Cruz será el emblema del Dios creador, del Dios redentor, del Dios santificador; del hombre inocente, del hombre caído, del hombre regenerado: la santidad, la justicia y la misericordia estarán agrupadas en torno de la Cruz; el pecado quedará vencido bajo la expiación ó el arrepentimiento; y cuando el luto universal anuncie el término de los tiempos, el postrer suspiro del mundo lo elevará á los cielos la Cruz victoriosa, circundada de esplendente gloria.

La procesion de la tarde del viernes santo, es sin duda, la más hermo-

sa, concurrida y magnífica de cuantas se celebran en esta ciudad. Innumerables niños modestamente vestidos y con vela encendida en la mano; comisiones de casi todas las cofradías presididas por su respectivo estandarte; numerosas parejas de capuchones arrastrando algunos de ellos pesadas cadenas; asociados de S. Luis y de la Purísima ostentando su propio distintivo; muchos labradores luciendo su antiguo y tradicional traje de fiesta; la música de Capilla, el clero, el M. I. Ayuntamiento y por último, otra banda de música que deja oír los fúnebres ecos de escogidas marchas; son las partes que componen la hermosa procesion que ligeramente estamos reseñando. En el centro de ella son llevados además el santo sepulcro y una imagen de la Virgen Dolorosa.

En el acto de esta procesion. Ciudadela presenta un aspecto sobre manera consolador para todos los que creen que la sacrosanta religion ejerce influencia saludable en las públicas costumbres. Durante el desfile parece que todos los habitantes de esta ciudad, se agolpan al paso para presenciar con religioso recogimiento la procesion y tributar un recuerdo de filial amor y gratitud al divino Salvador, que tanto sufrió para salvarnos.

¡Ojalá siempre podamos decir esto y no tengamos que lamentar un día algun desagradable percance! Porque hay que confesarlo: Ciudadela vá progresando en lo que es verdadero retroceso.

Las solemnes funciones de esta semana que se han celebrado en las iglesias de esta ciudad, no han desmerecido de la magnificencia y suntuosidad que anualmente se acostumbra desplegar, en las augustas ceremonias

con que la Iglesia católica conmemora la sacrosanta Pasion de nuestro amantísimo Salvador.

En la Catedral el Excmo. Sr. Obispo á pesar de hallarse algun tanto indispuerto de salud, hizo la bendicion de los sagrados Óleos, el juéves último. A causa de dicha indisposicion S. E. Ilma., no pudo asistir á las demás funciones de la Semana Santa, oficiando en su lugar, en el Lavatorio y demás actos de éstos dias el M. I. Sr. Arceidiano. El M. I. Ayuntamiento se acercó á la sagrada Mesa el juéves santo y además asistió á los oficios del viérnes y á la procesion del Entierro, conforme acostumbra todos los años. El concurso de fieles á todos los referidos actos fué numerosísimo.

Ha llegado hasta nosotros la desagradable noticia de que el Sr. Alcalde, en cumplimiento de su deber, vióse, en la necesidad de amenazar por medio de un dependiente municipal, á cierto mozalvete que hallándose el viérnes santo en la Catedral, al tiempo de hecerse la procesion del Monumento obraba de una manera impropia al respeto y reverencia que exige la morada del verdadero Dios.

Semejantes abusos merecen que con el dedo se señale á sus autores, para que caiga sobre ellos el desprecio y la reprobacion de las personas honradas y decentes que piensen como piensen y llaménse como se llamen, reprobarán y condenarán con nosotros todo lo que sea profanacion de la casa de Dios.

Milplácemes pues á la dignísima autoridad, que bien supo cumplir su altísima mision, impidiendo esta vez los abusos incalificables, que desgraciadamente se repiten yá con harta frecuencia en el templo santo. Todo esto redundaba en baldon para el buen nombre de esta ciudad, llamada en otro tiempo con justicia

eminentemente católica y por otra parte provoca también la ira de Dios que tarde ó temprano descargará como inmensa balumba sobre estos desgraciados, que se atreven á ofenderle en su misma casa.

Al recibir nuestros lectores el presente número, las campanas habrán despegado su lengua de bronce, para asociarse á la alegría que inunda hoy la Iglesia, conmemorando la gloriosa resurrección del Salvador. Alégrense también nuestros lectores participando ahora de los regocijos espirituales de la Iglesia militante, para hacerse dignos de tomar parte en los goces de la Iglesia triunfante.

Los sagrados monumentos de nuestros templos han sido muy visitados por los fieles y por varias comisiones oficiales.

Cada vez que en las gacetillas de los periódicos leemos los consejos de la higiene, nos dan ganas no sabemos si de llorar ó de reír: de reír, al ver la formalidad con que se preceptúan buenos alimentos, aumento ó disminución de abrigos; de llorar, al considerar que las nueve décimas partes de los hombres para quienes deben dictarse tales reglas enseñan los codos y los dientes, señal inequívoca de que no tienen ropa ni alimentos. Y entónces entendemos bien que la revista la *Higiene* podría escribirse en Babia.

El día 1.º de Febrero fué recibida por Su Santidad una comisión de religiosos franciscanos presidida por el R. P. Comisario Apostólico, quien presentó al Papa un Album con los nombres de 80.400 hermanos é hijos de la Venerable Orden de que es *Hermano Tercero*, León XIII. Este Album, así como la colección de la *Revista franciscana*, estaban primorosamente encuadernados y fueron presen-

tados al Papa con una ofrenda de 32.991 pesetas, de las cuales eran 21.000 de los Hermanos Terceros.

El Padre Santo quiso enterarse minuciosamente del actual estado de la Orden en España y sus posesiones de Ultramar y habló con tanto interés y con una benignidad y cariño tan paternales, que los PP. quedaron completamente confundidos. Examinó luego el Album y la colección de la *Revista Franciscana* con afectuosas demostraciones de satisfacción y de agradable sorpresa. Manifestó con paternal afecto su soberano agradecimiento, y terminó con las palabras siguientes: AGRADECEMOS DE LO ÍNTIMO DE NUESTRA ALMA EL TESTIMONIO DE ADHESIÓN Y DE AMOR QUE CON ESTE ACTO NOS PRESENTA LA FAMILIA FRANCISCANA DE ESPAÑA. GUARDAREMOS CON PARTICULAR ESmero ESTE ALBUM SUSCRITO POR LOS HIJOS DE NUESTRO SERÁFICO PADRE SAN FRANCISCO. LOS BENDECIMOS CORDIALMENTE Á TODOS, Y DESEAMOS QUE EL SEÑOR LOS ACRECIENTE, Y LES CONCEDA LA GRACIA DE SEGUIR LAS HUELLAS DE UN TAN GRAN PADRE.

¿Quiénes son los Jesuitas? Respuesta de una persona ilustrada é imparcial.— Pues son unos hombres, que como tales, podrán tener los defectos inherentes a la humana naturaleza, pero que trabajan sin descanso, estudian con anhelo, y así en la ciencia teológica, como en la filosófica, en las exactas y naturales, como en la literatura y en las artes poseen conocimientos nada comunes y cuentan entre ellos sábios eminentes y verdaderos géneos: hombres que pudiendo brillar en el mundo, ya en el foro, ya en la cátedra, así en el ateneo, como en la academia, renuncian á la vanidad que el mundo les ofrece y dedicándose al estudio y al trabajo, ningún peligro temen, y todos los arrostran sin más fin particular, ni más egoísta ambición, que salvar

almas para Dios y difundir por los países más remotos la doctrina del Evangelio, la civilización y la cultura.

Respuesta de un ignorante presuntuoso.—Pues los Jesuitas son unos hipócritas holgazanes, que como todos los frailes, se comen la sopa boba y toman este oficio para vivir y engordar sin trabajar; retrógados, oscurantistas y fanáticos.

Nota. El último que contesta es un joven aprovechado que cursó, aunque no estudió, ni menos aprobó en dos años el primero de leyes ó medicina, y que solo trabaja cuando mueve las mandíbulas para comer y no teme más peligros que el de que salga la contraria.

Eso sí, habla de Teología y no sabe quién es Dios, de Historia y ni aun sabe quién fué Salustio, de literatura y no ha leído á Horacio, de Física é ignora quién fué Arquímedes, de Astronomía y desconoce al P. Sechí, de *omni re scibili* y ni aun sabe el castellano.

La primera respuesta parecerá tal vez apasionada, pero quien oiga la segunda, dicha por tales lábios, verá en ella la mejor y más brillante apología de los hijos de San Ignacio.

VARIEDADES

CHARADAS.

1.^a

Con aire *tercia dos cuarta*
Un *todo* me dijo un día:
Si saco la *dos primera*
Prometo mudar de vida.
Me confesaré á menudo;
Leeré la Santa Biblia;
Asistiré á la *tres cuatro*;
Iré con frecuencia á misa;
Vsitaré á los enfermos,
Y haré limosna á porfía.
Al cabo de algunos meses
Sacó de la lotería

Un premio considerable,
De suerte que en pocos días
Aumentáronse sus rentas
En cantidad muy crecida;
Pero nuestro *todo* entonces,
Víctima de su codicia,
Ni siquiera se acordó
De la promesa antedicha.
Un día que le encontré
En una calle vecina,
Le dije: me congratulo
De vuestra suerte propicia.
Mas, decidme: y la promesa
Habeis llegado á cumplirla?
Sin duda, me contestó;
Voy á misa cada día;
—Hasta aquí todo va bien;
Pero, según mis noticias,
Os negasteis socorrer
Ayer á una pobre viuda
Qué, sumida en la indigencia,
Limosna *cuarta pedía*.
¿Creeis, pues, que de este modo,
Se cumple la ley divina?
Segunda cuarta tercera.
El gran *todo* con malicia,
Y bajando la cabeza
Escapóse á toda prisa.

JACINTO.

2.^a

Estando *prima* en París
¿Y en Valencia *dos tercera*?
Quién habrá tan ignorante
Que hallar el *todo* no sepa?

CÁNDIDO.

(Las soluciones el sábado próximo)

Soluciones á las charadas del sábado anterior.

- 1.^a CO-RA-ZON.
2.^a A-CE-LE--RA-DA-MEN-TE.
3.^a RE-ME-DIO.

Solucion al acertijo:

Las palmas de que se hacen las escobas.

Lo han descifrado todo: Jacinto, Kalidasa, Basilio y Marcelo.

Imprenta de Salvador Fabregues, Plaza Nueva n.º 19